

DE LOS PROBLEMAS DEL "MANIFIESTO" A LOS PROBLEMAS DEL FUTURO

Rodolfo Mondolfo

NOTA PRELIMINAR

Este pequeño trabajo solo fue publicado en castellano en El Humanismo de Marx, en 1964. Nosotros hemos traducido de la versión italiana que Mondolfo hizo en julio de 1965, en la que corrigió algunos conceptos, incluso agregó un párrafo de regular extensión que no figura en la Edición del Fondo de Cultura Económica, realizado por su querido amigo O. Colletti, también fallecido en este tiempo.

Estimamos que la versión nuestra es la primera completa y por ello su publicación es importante. En el trabajo el distinguido filósofo plantea una temática de gran actualidad, que es el tema de la concepción del Estado y de la descripción de la sociedad socialista que se entrevé como la perspectiva de Marx en toda su obra.

Evidentemente la caracterización de los países socialistas como capitalismo de Estado, no puede compartirse cuando se examina el carácter de la Revolución contemporánea, pero hay una penetración en temas y problemas, que son altamente ejemplificantes de un pensamiento vivo, que se niega a tomar los temas de la construcción socialista con un solo elemento dogmático o un preconcepción, aunque no siempre lo logre (confundir métodos de una época, el estalinismo, con los métodos de un proceso, la actual construcción del socialismo sólo se puede señalar, porque no cabe discusión para marxistas).

Cabe remarcar que el texto invita al diálogo y que se inserta en una tradición que comienza con Labriola, sigue con Gramsci y llega hasta hoy, en que los filósofos italianos discuten pública y diariamente sus concepciones, los partidos cuestionan líneas que no surjan de su propia problemática interna como prioridad, sin perjuicio de la perspectiva internacional y cada trabajador concientizado es un agente de la edificación del mundo futuro, en su casa, su fábrica, su partido, su municipio y la nación entera.

Salvadas las disidencias que hemos planteado, el mensaje de Mondolfo, que tiene ya 12 años, es precursor de interesantes críticas a la sociedad capitalista y eficaz detonador para mecanicistas

que piensan que los problemas se solucionan, simple, llana y solamente, con el cambio de carácter de clase del Estado.

Dante Polimeni

En el trabajo escrito: **“En memoria del manifiesto comunista”** con que Antonio Labriola inició en 1895, la memorable serie de sus ensayos **“En torno a la concepción materialista de la historia”**, hay un breve pasaje que sintetiza con claridad el significado y fin crucial de la lucha de clases del proletariado, como lo captó y enunció Marx y tal como se desenvuelve históricamente en el movimiento socialista. **“El instinto de la propia situación (dice Labriola) induce a los proletarios apenas se ejercitan en la arena política a comprender el socialismo de modo íntegral. A comprender, es decir que allí deben mirar sobre todo hacia una meta: ésta es la abolición del asalariado; que solamente una forma de sociedad hace posible, mejor aún necesaria la eliminación de las clases: y ésta es la asociación que no produce ganancias (mercancías), y que tal forma de sociedad no es el Estado, sino más bien es su opuesto o sea el régimen técnico y pedagógico de la convivencia humana, el self-government del trabajo”** (pág. 50 de la edición de 1938 al cuidado de Croce, Bari, Laterza).

La conexión que establece entre la acción política del proletariado y su situación en la sociedad productora de mercancías, que convierte en mercancía al trabajador mismo y determina por este motivo su aspiración a la reconquista de la propia calidad de hombre en el autogobierno del trabajo, puede indicar la vía para resolver de modo conforme al genuino pensamiento de Marx algunos de los problemas más intensamente discutidos en relación con el **“Manifiesto”** y con la doctrina del **“comunismo crítico”**, del cual el mismo Labriola veía el nervio, la esencia y el carácter decisivo en la **“previsión morfológica que el Manifiesto por primera vez señalaba”** (ibíd., p. 36)

En este intento somos llamados de nuevo a aquella página del **Manifiesto** en la que está vigorosamente delineada la situación presente de los trabajadores reducidos a mercancía-fuerza de trabajo: **“Estos obreros, que son forzados a venderse día a día, no son sino una mercancía como todas las otras, y por ello una mercancía sujeta a todas las alternativas, vicisitudes de la competencia, y a todas las fluctuaciones del mercado”**.

“Con la extensión del uso de la máquina, y por efecto de la división social del trabajo, el trabajo de los proletarios ha perdido todo carácter de independencia, y por esto mismo toda atracción para el trabajador. El obrero deviene en un simple accesorio de la máquina, al cual sólo se pide una operación manual simplísima, extremadamente monótona y facilísima de aprender. Por esto los gastos que causa el trabajador se limitan casi exclusivamente a los medios de subsistencia de los que tiene necesidad para su propio mantenimiento y para la reproducción de la especie. Pero el precio de una mercancía, de allí también aquel trabajo, es igual a los costos de su producción. Por eso el salario decrece en la misma proporción del aumento de la masa de trabajo, sea por la mayor cantidad de horas de trabajo, sea a través del aumento del trabajo que se exige en una unidad dada de tiempo a causa de la creciente celeridad de las máquinas o por algún otro camino”.

“La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro artesano patriarcal en la gran fábrica del capitalismo industrial. Masas de trabajadores condensados en las fábricas son organizadas militarmente. Y son puestas, como simples soldados de la industria, bajo la vigilancia”.

de una completa jerarquía de suboficiales y oficiales. Los trabajadores no son sólo siervos de la clase de los burgueses, del Estado de los burgueses, sino que son esclavizados día a día, hora a hora por la máquina, por el vigilante y sobre todo por cada burgués fabricante en persona. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto más abiertamente proclama como propio fin último la ganancia". (Cfr. pág. 91 sg. de la edc. de A. Labriola; pág. 109 sg. de la edc. Cantimori Mezzofanti del **Manifiesto**, Einaudi, 1962).

Ahora es evidente que se entrelazan aquí diversos motivos para explicar la reacción espiritual de los trabajadores a la humillación y al sufrimiento por su situación presente y la exigencia de un cambio radical. Son dos los motivos principales que hoy podemos reconocer ya intuidos y señalados por Hegel en sus **Manuscritos juveniles** de 1801, que permanecieron inéditos entonces y hasta época reciente y por ello enteramente desconocidos por Marx. Precisamente había escrito Hegel: "cuanto más se mecaniza el trabajo, tanto más disminuye el valor, y tanto más el individuo deviene un mero instrumento (. . .) El valor del trabajo disminuye en la misma medida en que crece la productividad del trabajo (. . .) las facultades del individuo se restringen al infinito, y la conciencia del trabajador degrada al más bajo nivel de monotonía" (cit. de H. Marcuse, **Reason and Revolution**, pág. 70 y de R. Dunayevskaya, **Marxismo e Libertá**, pág. 11)

Aquí son entrelazados y expresados de manera indistinta los dos motivos que son más distintamente individuados en el pasaje citado del **Manifiesto**. En éste está precisamente en primer lugar, la alienación del hombre y de su trabajo, que ya había sido objeto de reflexión y de investigación por Marx en los escritos de los años 1843-1845, de la **Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel** y de los **Manuscritos económico-filosóficos** de 1844, a **La sagrada familia** y a **La ideología alemana**, compuestos en colaboración con Engels, además de varios fragmentos y apuntes menores de los mismos años. Y está, en segundo lugar, con la observación de la conversión del trabajador en mercancía sujeta como tal a la ley de la competencia, que la reduce a un precio siempre menguante, la teoría de la "depauperización creciente" (agravada por el aumento continuo de la cantidad de trabajo pretendida), que, según Sorel, Marx había tomado del libro de Engels sobre "**La condición de las clases trabajadoras en Inglaterra**".

Prescindiendo de otros elementos menos importantes, esta teoría de la pauperización progresiva, asociada a aquella de la proletarianización igualmente progresiva de las clases medias, ha dado lugar a una ferviente discusión y al movimiento revisionista, que se ha desarrollado especialmente a partir de Bernstein. . . La polémica entre quién estima confirmada la teoría y quién la encuentra desmentida en la historia posterior, puede verse retomada en el ensayo que a su examen ha dedicado Giorgio Galli, donde entre otras opiniones expone también aquella que sostuvo desde 1812 en mi libro sobre "**El materialismo histórico en F. Engels**", interpretando la pauperización creciente, sea en sentido relativo, sea como ley de tendencia, cuyo señalamiento y conversión en mito es usado como estímulo a la acción de resistencia de la clase trabajadora, para impedir su traducción en acto.

Pero tanto yo que escribía cuando eran aún inaccesibles los "**Manuscritos económico-filosóficos**" y la "**Ideología alemana**", donde está desarrollada la teoría de la alienación del trabajo y del trabajador, como otros escritores posteriores, que han expresado su punto de vista análogo al mío, no teníamos en cuenta la importancia conferida por Marx a la misma alienación como impulso para la reivindicación del proletariado y a su acción revolucionaria hacia reconquista de la personalidad humana y de la libertad de su desarrollo. La publicación y difusión de estudiosos de Marx colocan el concepto mismo de "pauperización creciente" de los proletarios en relación con aquél

de la alienación del trabajo y del hombre. "En tanto que el hombre no se haya reconocido como hombre, y entonces no haya organizado el mundo humanamente (escribía Marx en 1844, en un comentario a James Mill), su ser social se manifiesta bajo la forma de la alienación (. . .) Por esto su actividad le aparece como tormento, su propia creación le aparece como causada por una potencia extraña, su riqueza como pobreza (. . .) su vida se le presenta como el sacrificio de su vida; la realización de su ser le aparece como la irrealización de su vida, su producción como la producción de su nada; su poder sobre el objeto le aparece como poder del objeto sobre él. El mismo, señor de su creación, se le aparece como el siervo de esta creación".

Sólo ahora, por este concepto de "alienación" como elemento constitutivo del sentido de pauperización del trabajador se puede entender que para Marx lo esencial para la rebelión del trabajador contra su condición no esté tanto en la medida del salario, como en la conciencia de la inhumanidad de la negación de su valor humano y de su exigencia de libertad y desarrollo espiritual. . . Por esto, sólo a la luz de este concepto de alienación se puede advertir y entender el significado y la importancia de declaraciones de Marx, como aquellas contenidas en un pasaje de "El Capital", oportunamente puesto en evidencia por R. Dunayevskaya en "Marxismo e Libertá". (pág. 128 de la edic. de La Nuova Italia)

"Todos los medios para el desarrollo de la producción se convierten en medios de dominio y de lucro del productor, martillan al trabajador haciéndolo un hombre parcial lo degradan a la condición de insignificante apéndice de la máquina, destruyen con el tormento de su trabajo el contenido al trabajo mismo, le extrañan las potencias intelectuales del proceso trabajador en la misma medida insertan a éste último la ciencia como potencia autónoma; deforman las condiciones en las cuales él trabaja durante el proceso laboral lo someten a su despotismo odioso de la manera más mezquina, transforman el tiempo a su vida en período de trabajo; le arrojan mujer e hijos bajo la rueda de juggermant del capital (. . .)

Se logra así que en la medida en que el Capital se acumula, la posición del trabajador empeora, cualquiera sea su retribución, alta o baja, ("*El Capital*" I, *la ley general de la acumulación capitalista*).

Esto se torna una plena reiteración del motivo de la alienación ya desarrollado en los escritos de 1844-1845, con la conclusión que la pauperización que más sufre el trabajador no es tanto de carácter económico como espiritual y como tal no puede ser suprimida ni atenuada por la mejora de remuneraciones de su trabajo, sino que persiste igualmente, "*sea alta o baja su retribución*".

Es verdad que Marx añade enseguida la consideración de la formación del ejército industrial de reserva (la armada de los desocupados) que da lugar por vía de la competencia a la progresiva acumulación del capital, pero esto le sirve especialmente para perfilar el momento del choque decisivo final, y, por otra, no se está presentando por él como desunible o separable del momento de la alienación.

"La ley finalmente (él prosigue) que equilibra constantemente la superpoblación laboral relativa, o sea, ejército industrial de reserva por una parte y volumen y energía de la acumulación por otra, encadena al operario, al capital de manera más sólida que las cuñas de Efesto soldaron a Prometeo a la roca. Esta ley determina una acumulación de miseria proporcional a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza es uno de los polos y es por consiguiente al mismo tiempo acumulación de miseria, tormento de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral para el polo opuesto. . ."

“Los dos motivos el de la alienación humana inherente al régimen de la mercancía y de la mecanización del trabajo y el otro, el del empeoramiento económico producido al formarse la armada de reserva son, por consiguiente, mantenidos entrelazados, pero aquello que prevalece y aparece decisivo es el motivo de la alienación, que se conserva en toda su fuerza no obstante cualquier posibilidad existente de mejoramiento económico sea alta o baja la retribución”.

De ninguna manera estas observaciones hacen vana o superflua del todo la discusión que se ha desarrollado entre intérpretes, críticos del marxismo respecto al significado que se otorga a la teoría de la pauperización creciente; pero deben integrarla, mostrando que también, cuando después de 1845 Marx acoge este motivo y lo evidencia de un modo destacable, no abandona del todo el otro de la alienación, ya afirmado anteriormente sino que continúa para darle todo el peso y lugar debidos.

Más bien podemos agregar que mientras el motivo de la pauperización creciente estaba destinado a perder de mano en mano para el mismo Marx y más para las generaciones sucesivas su fuerza como consecuencia de la misma evolución económica y política de la sociedad capitalista y del desarrollo del proletariado y de su organización y fuerza de presión; por el contrario, el motivo de la alienación del hombre y del trabajo estaba destinado a mantener toda gravedad y a considerarse siempre más bien en forma acrecentada por los progresos de la mecanización industrial y por la intervención que sobreviene de la automatización. El examen del desarrollo del capitalismo posterior al Manifiesto, contenido en el ensayo de Antonio Landolfi, muestra, en efecto con la evidencia de la objetiva reconstrucción histórica, cómo la acción de las fuerzas y exigencias inherentes al capitalismo, al proletariado y al Estado moderno hace desenvolver en los países industriales todo un proceso de transformación económica y política, que conduce no sólo a la neutralización y eliminación de la tendencia al empobrecimiento progresivo de las clases trabajadoras, sino por el contrario, hacia una elevación creciente de su modo de vida. Varios son los factores que operan en este sentido:

1. La misma tendencia expansiva del capitalismo, que lleva consigo al incremento de la oferta de trabajo;
2. La organización sindical de los trabajadores, que apremia con la propia fuerza sea directamente sobre los capitalistas, sea indirectamente a través de los poderes públicos, de los que obtiene —además de eventuales intervenciones y mediaciones— la legislación social protectora del trabajo, la limitación de la jornada laboral, la protección de las mujeres y de los niños, la libertad de organización y de huelgas, los seguros contra la desocupación y la vejez y los accidentes, la protección de las cooperativas de producción y de consumo, las oficinas de colocaciones etc.;
3. La intervención creciente del Estado en la economía, con la asunción directa de los servicios públicos y de grandes bienes de importancia fundamental con la nacionalización de las fuentes de energía, con los trabajos públicos, la planificación y programación general, etc.

Se viene produciendo así, en medida notable, en los mismos Estados capitalistas aquel proceso que el “Manifiesto” estableció como programa inmediato para el proletariado cuando llegara a organizarse” como clase dominante: El proletariado empleará su dominio para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para la centralización de todos los instrumentos de producción en las manos del Estado —es decir (explicaba el Manifiesto) del proletariado organizado como clase dominante— y para multiplicar lo más rápidamente la masa de las fuerzas productivas.

Sin embargo, en este proceso, la amenaza de pauperización creciente es eliminada y sustituida por la tendencia a un progresivo estado de bienestar también en los regímenes del capitalismo privado (además de aquéllos del capitalismo de Estado como el ruso y todos los similares); y sólo queda en pie, con toda su gravedad, en los países precapitalistas, es decir en la zona todavía vastísima del subdesarrollo, donde la pauperización desenfrenada solo podrá ser superada con el advenimiento de un capitalismo (privado o de Estado) que reproduzca allí el fatigoso proceso de superación ya cumplido en los países capitalistas.

Sin embargo con esto queda eliminado el problema de la miseria creciente en los países capitalistas adelantados; pero, en virtud del mismo proceso, de industrialización que conduce a la superación de él, deviene más agudo que nunca en uno de sus aspectos esenciales, el otro problema, el de la alienación del trabajo y del trabajador.

Por consiguiente no es necesario para esta agudización, que intervengan los sistemas del trabajo forzado, del stajanovismo y afines que el capitalismo de Estado no ha vacilado en introducir en Rusia, para intensificar la productividad. Basta por esto al puro proceso de mecanización creciente del trabajo industrial, y sobre todo la intervención de la automatización, para llevar al grado extremo de gravedad aquella condición de alienación que Marx había sintetizado en la laconica observación **“cuanto más se mecaniza el trabajo, tanto más (. . .) el individuo deviene un mero instrumento”**.

R. Dunayevskaya ha presentado de modo no muy vivo e impresionante a través de las declaraciones de los trabajadores norteamericanos, la intolerancia de esta reducción del hombre a instrumento y siervo de la máquina, producida por la introducción de la automatización. Y Luciano Vernetti, en su ensayo sobre *“El marxismo y los Estados Unidos de América”*, llega igualmente a la conclusión que tampoco después de haber asegurado a los trabajadores un alto nivel de vida el problema de alienación puede considerarse eliminado enteramente sino que se presenta con nuevas formas no menos graves y urgentes; es decir como exigencia e indagación de la vida para evitar a los trabajadores la deshumanización producida por la reducción al mínimo de sus posibilidades en privilegio de un limitado grupo de tecnócratas monopolizadores del poder.

Ahora es evidente que estas consideraciones valen también para los países donde impera el capitalismo de Estado. En realidad no hay razón para que en el régimen del capitalismo de Estado (aunque bautizado con el nombre comunismo) no se produzcan los mismos efectos en grado igual o aun mayor que en el régimen del capitalismo privado ni, por otra parte, las necesidades mismas del progreso permiten pensar en un caso o en otro, en una renuncia a la mecanización y automatización.

Marx atribuía la culpa de la alienación a la división del trabajo y a su asociación con la propiedad privada. Pero la abolición de la propiedad privada puede valer y anular sólo aquel elemento de la alienación que está representado por la reducción a mercancía del hombre y su trabajo y por la humillación de servir al beneficio del capitalista; pero no termina de eliminar el otro elemento constituido por la reducción del hombre a autómatas, siervo de la máquina e instrumento de la producción mecanizada. Si por otra parte, es legítimo soñar junto a Rousseau con una abolición de la división del trabajo para restituir al productor su unidad de hombre.

El problema de la alienación del trabajo aparece, por este motivo, ligado al proceso de la producción industrializada, de modo más permanente y más grave que la amenaza de la pauperización creciente, no aparece como exclusiva y propia del régimen capitalista, sino común, también.

a un régimen verdaderamente socialista, que no quiere renunciar al progreso productivo y al bienestar material de sus asociados. La crítica marxista que ha puesto en plena evidencia la gravedad de la alienación del hombre, exige por consiguiente, una investigación de las respuestas posibles no sólo en beneficio de toda sociedad capitalista (sea de capitalismo privado o sea estatal) sino también de una verdadera sociedad socialista, que no puede sustraerse del mismo problema.

La división del trabajo, a la que Marx imputaba especialmente la alienación del hombre, era la escisión entre trabajo manual e intelectual que quita a la materialidad del trabajo productivo su luz de creatividad inteligente. El problema que se impone consiste por este motivo, en establecer la unidad del trabajo manual-mecánico con el trabajo intelectual.

Ahora, bien, Marx había notado por una parte —tratando en “El Capital” el tema de su jornada laboral— la importancia que tiene para el trabajador la reducción de su jornada de trabajo, que le permite recuperar cotidianamente, por algunas horas la libre disponibilidad de la propia persona y actividad, es decir, la libertad del propio desarrollo espiritual y la posesión de su inteligencia y creatividad.

Pero, por otra parte, había señalado también, en su polémica con los hermanos Bauer (Sagrada Familia) la sed de conocimiento y de comprensión propia de los trabajadores. Esta sed exige ciertamente también la posibilidad, para los trabajadores de aprender, meditar, y discutir cuestiones ajenas a su trabajo; pero no puede saciarse sólo con esta tarea, y sólo puede sentirse satisfecha cuando su nueva visión sea aplicable y aplicada al trabajo mismo, y pueda iluminarlo con su luz intelectual, confiriendo al mismo ejecutor el carácter de operador-partícipe, que domina mentalmente su trabajo y no es dominado, que puede comprender aquello que hace y por qué lo hace, rendirse cuenta de la eventual existencia de defectos y posibilidades de perfeccionamientos y pueda estudiar, proyectarlos, efectuarlos.

La creatividad inteligente, propia del artesano independiente, y perdida por el operario industrial en el trabajo mecánico, y automatizado, puede ser así, en cierto modo y medida reconquistada mediante una instrucción y preparación cognoscitiva adecuada, es decir, superior a la común formación del trabajador calificado, y alcanzable solamente con un grado de cultura que llegue a darle conciencia del complicado proceso mecánico automatizado en que participa —la superación de la alienación bajo este aspecto es, por consiguiente, una cuestión de conocimiento, de instrucción, de comprensión: resolver tal problema, que subsistirá en una sociedad socialista no menos que en la capitalista, es una tarea cuya urgencia e imprescindibilidad puede ser sentida por aquélla mucho más que por ésta, y que podrá entonces ser afrontada y satisfecha sólo por aquélla, en cuanto administrada directamente por los mismos trabajadores interesados—.

La convicción de tal exigencia puede haber inspirado, precisamente la formulación programática del Manifiesto, que ya hemos citado: **“El proletariado empleará su dominio político para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para concentrar todos los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante”**. Pero, con similar formulación, cómo pudo escribir Antonio Labriola, en el pasaje de su Introducción del Manifiesto que hemos referido al comienzo, aquellas palabras: **“que tal forma de sociedad no es más el Estado, sino más bien su opuesto, o sea el régimen técnico, y pedagógico de la convivencia humana, el Self government del trabajo”**.

Encontramos, evidentemente, frente a una oscilación entre conceptos diversos y contrastantes del Estado, que nos propone el problema de que trata el ensayo de Tamburrano —ya hace más

de medio siglo— discutiendo en mi **“Materialismo Histórico en Engels”** (cap. XII, el problema de la superestructura en el materialismo histórico), había documentado cómo Engels contradujo su misma definición del Estado como máquina para la opresión de la clase dominante al admitir su preexistencia en la primera división de las clases y con una función de correspondencia a todas las necesidades de la sociedad civil, pero coexistiendo se observaba la tendencia a hacerse autónoma de ésta y a dominarla. Tamburrano retoma y amplía tal demostración extendiéndolo a Marx, y aclarando el concepto de **“dictadura del proletariado”** como tránsito hacia la supresión de todas las clases y a una aparición de una sociedad sin clases, como fue realizada en la Comuna de París es decir, contraria a todo concepto totalitario.

Sin embargo en fórmula de Engels: **“en el puesto del gobierno sobre las personas aparece la administración de las cosas y la dirección de los procesos productivos”**, lejos de relegar (como él decía) al Estado en un museo arqueológico, cerca de la devanadora y del hacha de bronce, le asigna una función esencial y permanente de planificación, administración de las fuerzas de producción, que parece peculiar a la afirmación de Manheim: **“no es la sociedad que absorbe el Estado, sino el Estado quien absorbe a la sociedad”**.

La evolución de las relaciones entre sociedad y Estado, en efecto, ha llevado a este último a pasar desde la observancia del principio *laissez faire* a una progresiva intervención en la economía bajo las múltiples presiones de las reivindicaciones proletarias, de la emergencia de las crisis cíclicas, de las guerras mundiales y de todo un complejo de nuevas y crecientes exigencias; de que se acompaña la transformación de la sociedad civil, con el aumento del número de los asalariados de la industria y de los dependientes del Estado, del sector terciario y de los técnicos necesarios a la producción moderna. Desaparecen progresivamente el artesano y el profesional independiente, la libre competencia cede el lugar al capitalismo oligopólico, predomina por todas partes la rutina y la burocracia anónima; desaparece el espíritu de iniciativa y de independencia, en lugar de la exigencia de libertad se afirman el conformismo y la psicología de masas, ayudadas y promovidas por la educación, por la propaganda, por la acción de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión, todos orientados hacia el fin de la persuasión de masa, con exclusión de diálogo con los oyentes, lectores y espectadores, que observan pasivamente, sin resistir, la acción ejercida sobre su espíritu.

Por otra parte, todo concurre a la ampliación de las funciones del Estado: de la persistencia de la guerra fría a la necesidad de la planificación económica a la exigencia creciente de obras públicas y de servicios públicos, en cuyo ejercicio el Estado elude en gran parte el control del Parlamento y de la opinión pública, ciertamente en los países capitalistas el poder se ha venido concentrando en las manos de grupos reducidos (jerarquías industriales, militares, eclesiásticas) que procuran dominar la gestión de la cosa pública, pero, por otra parte, se ha ampliado la esfera de la intervención del Estado en la economía para corregir desequilibrios y deficiencias del mecanismo capitalista y evitar riesgos y amenazas de crisis y conflictos ruidosos.

Según una feliz comparación, el Estado oficia de termostato cuyas funciones son mantener el regular funcionamiento del mecanismo social y productivo; pero (lo que es más importante) interviene también en medida progresivamente creciente y directa con la planificación, que tiende a hacerse independientemente de los intereses de grupo y a dominarlos, introduciendo el concepto de servicio público en la dirección de la economía. Por esto los países del capitalismo privado tienden a asimilarse siempre más a los países del capitalismo de Estado (así llamados comunistas): El Estado llega así (como dice Tamburrano) a poner en discusión la esencia misma de la sociedad capitalista.

Pero en este mismo acercamiento sustancial de los países del capitalismo privado al capitalismo de Estado está ínsito el peligro de insinuarse también, en ellos del totalitarismo, que ya está también, actualmente, en la fase de desarrollo en la misma sociedad industrial de Occidente. Los elementos y las causas de este totalitarismo son, esencialmente, y en todas partes, por un lado la omnipotencia de las jerarquías burocráticas, que en los regímenes comunistas constituyen la nueva clase dominante, y tienden a imponerse no sólo en la conducción económica, sino también en la política ideológica de la sociedad; por otra parte la cultura de masas, determinada por las condiciones de vida socializada y por los factores educativos (frecuentemente deseducativos) y por las múltiples influencias, que conspiran para transformar al hombre en autómatas que renuncia a su posibilidad de pensamiento independiente y de logro de personalidad libre y activa.

Ahora, la posibilidad de evitar el totalitarismo no puede ser garantizada por medidas legislativas, como podrían ser una constitución democrática, la limitación de los poderes de la burocracia, la elección de representantes, funcionarios y jefes desde abajo en vez del nombramiento desde arriba, leyes para el control y la obligación del rendimiento periódico de cuentas a los electores y al público, descentralización, libertades de los partidos y similares. Cualquier constitución y medida legislativa queda en letras muertas si no es una exigencia pública enérgica y vigilante para hacerla efectiva y mantenerla operante.

Por consiguiente, sólo la resistencia de la conciencia pública puede ser eficaz, sólo la exigencia, fuertemente y vigorosamente hecha valer, de la libertad de pensamiento, de conciencia, de expresión, de crítica, de propaganda, de asociación, de iniciativa puede operar eficientemente. Pero es necesario por esto difundir y mantener vivo el conocimiento del peligro ínsito en la mentalidad del hombre masa que renuncia a la autonomía espiritual; es necesario hacer sentir que la libertad no es nunca una posesión que, una vez conquistada, se mantenga establemente por su propia fuerza, sino que es una conquista incesante, que necesita renovarse día a día, hora a hora con la vigilante tensión de cada uno y de todos. Sólo a este precio podrá alcanzarse verdaderamente una sociedad socialista, es decir, aquella asociación auspiciada por el Manifiesto, en la que el libre desarrollo de cada uno es condición del libre desarrollo de todos.

Rodolfo Mondolfo
Bs. As. Julio 1965.

*Traducción de Nesrin Rosa Karake,
Estela y Dante Polimeni, del original
italiano publicado como introducción a los ensayos
de Tamburrano, A. Landolfi O. Galli y L. Verneti
sobre el valor del Manifiesto Comunista, reproducido
por "Il Diálogo" Cuaderno No. 9, Bolonia, 1976.*

